EL PUERTO

I

Salida del Havre el 3 de Mayo de 1882, la fragata *Nuestra Señora de los Vientos*, volvió á Marsella el 8 de Agosto de 1886, después de cuatro años de continuos viajes. Descargando su primer cargamento en un puerto de China, la habían fletado allí mismo para Buenos Aires, y de allí fué al Brasil.

Realizó otras travesías, tuvo que efectuar reparaciones, la paralizaron calmas de muchos meses, y todo ello junto hizo que aquella fragata normanda permaneciese muchos meses lejos de su patria. Y ahora volvía á Francia con las bodegas repletas de latas de conservas americanas.

Al marchar tenía á bordo, además del capitán y del piloto, catorce marineros, ocho normandos y seis bretones. A la vuelta sólo le quedaban cinco bretones y cuatro normandos, habiendo muerto uno de aquéllos y desaparecido cuatro de éstos en diferentes épocas. Fueron reemplazados por tres americanos, un negro y un noruego reclutado una noche en una taberna de Singapoore.

El gran buque, con las velas cargadas, las vergas formando cruz con los palos, arrastrado por remolcador que jadeaba delante de él, pasó por delante del castillo de If; luego bajo los peñascos grises de la rada que el sol poniente doraba, entró en el puerto viejo donde se amontonan, á lo largo de los muelles, todos los barcos del mundo, grandes y chicos, de todas formas y arboladuras, parecidos á una *bouillabaisse* de buques en aquel lugar harto reducido, lleno de un agua pútrida, donde los cascos se rozan y sefrotan y parecen nadar en una salsa especial.

Nuestra Señora de los Vientos fondeó entre un brick italiano y una goleta inglesa que se apartaron para hacerle sitio; luego, cuando estuvieron cumplidas todas las formalidades de la aduana y del puerto, el capitán autorizó á los dos tercios de la tripulación para pasar la noche en tierra.

Había anochecido. Marsella se iluminaba. Entre el calor de aquella noche de verano flotaba un olorcillo de cocina, de guisados con ajo; y la ciudad aparecía rumorosa, alegre, como todas las ciudades meridionales.

Apenas en tierra, aquellos hombres á quienes el mar mecía desde tanto tiempo, echaron á andar despacio, con las vacilaciones del que desconoce el terreno, por parejas, formando procesión.

Se orientaban poco á poco, examinaban las callejuelas que terminan en el puerto, calenturientos por un deseo de amor que había crecido durante los últimos setenta días de navegación. Los normandos iban á vanguardia, guiados por Celestino Duclós, un mocetón astuto que servía de jefe á los demás todas las veces que bajaban á tierra. Sabía descubrir los rincones más ocultos, los sitios mejores, y procuraba rehuir las riñas tan frecuentes entre marineros. Pero cuando se enredaba á internazos no temía á nadie.

Después de vacilar un rato entre todas las callejas obscuras que desembocan, á guisa de cloacas, en el puerto, Celestino se decidió por una especie de corredor tortuoso donde brillaban, sobre las puertas, unos faroles que ostentaban números enor-

mes en sus cristales de colores. En las entradas, unas mozas que estaban sentadas en sillas de enea, se levantaban al verlos llegar, daban tres pasos hasta el arroyo que partía en dos la calle, y cortaban el paso á aquella fila de hombres que avanzaban lentamente, tarareando y charlando, encandilados ya por la vecindad de los lupanares.

A veces, en el fondo de un vestíbulo, aparecía detrás de una segunda puerta, una muchacha casi desnuda, cuyos muslos y pantorrillas se dibujaban bajo unos pantalones de punto. Sus sayas cortas parecían un cinturón apenas y la carne flácida de sus pechos, espalda y brazos formaba una mancha rosada junto al corpiño de terciopelo azul, bordado con galón de oro.

Desde lejos gritaba:

—¿No entráis, buenos mozos?

Y á veces salía para coger á uno de ellos y llevarlo para dentro, tirando con toda su fuerza, como una araña que arrastra un insecto mayor que ella. El marinero, excitado por aquel contacto, resistía blandamente, y los otros se detenían para mirar vacilando entre las ganas de entrar y las de continuar aquel paseo tan sugestivo. Luego, cuando la prójima, después de grandes esfuerzos había

atraído al marinero hasta la puerta del burdel, donde todo el grupo penetraría en su seguimiento, Celestino Duclós, que era buen conocedor, gritaba de pronto:

—No entres aquí, Marchand; no es éste el sitio que buscamos.

El marinero obedecía aquella voz, se soltaba con una sacudida brutal y los amigos continuaban su paseo, perseguidos por las injurias inmundas de la muchacha exasperada, en tanto que otras mujeres salían de los portales atraídas por la bulla, y lanzaban promesas halagüeñas con voz aguardentosa. Andaban, pues, cada vez más excitados, entre los halagos y seducciones anunciadas por las porteras de amor de la parte alta de la calle, y las maldiciones innobles que vociferaba contra ellos el coro de la parte baja, el coro de las muchachas desahuciadas.

De cuando en cuando hallaban un grupo de soldados ó de marineros, burgueses aislados, dependientes de comercio. Por todas partes se abrían nuevas callejuelas con los consabidos faroles. Y seguían aquel laberinto de antros, por las calles llenas de aguas pútridas, entre aquellas paredes repletas de carne de mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1020 MONTERREY, MEXICO

Por fin, Duclós se decidió. Detúvose ante una casa de buena apariencia y entró seguido de sus compañeros.

II

¡La fiesta fué completa! Durante cuatro horas los diez marineros se hartaron de amor y vino. Les costó seis meses de sueldo; pero poco importaba.

Se habían instalado como dueños en el salón del café y miraban de reojo á los parroquianos que se instalaban en las mesitas de los rincones, donde una de las muchachas libres se apresuraba á servirles y se sentaba luego junto á ellos.

Todos los marinos, al llegar, habían escogido compañera, que guardaron toda la noche, pues la gente del pueblo no es aficionada á variar. Habían juntado tres mesas y después del primer trago se había vuelto á formar la procesión, aumentada esta vez con igual número de mujeres que de hombres. En las escaleras de madera resonaron los pasos de las

parejas, que luego se diseminaban por las distintas habitaciones de los corredores.

Después bajaron para beber y volvieron á subir y á bajar de nuevo.

Ahora, casi bebidos, vociferaban. Con los ojos encarnados, teniendo sentada en las rodillas á su dama, cantaban, chillaban, golpeaban las mesas, se atiborraban de vino, dejaban en libertad la bestia humana.

Celestino Duclós estrechaba una muchacha robusta, de mejillas coloradas, y la miraba con ardor. Menos bebido que los otros, no por haber trasegado menos vino sino por ser más robusto, trataba de hablar con la moza. Sin embargo, algo se le embrollaban las ideas y á lo mejor no se acordaba de lo que quería decir.

Reía y exclamaba:

—Pues, sí... de modo que... ¿hace mucho tiempo que estás aquí?

—Seis meses—contestó la moza.

Aquello le gustó como si hubiese sido una prueba de buena conducta, y añadió:

—¿Te gusta esta vida?

Vaciló la joven y al cabo dijo como resignada:

—Se acostumbra una. No es más penosa que otra. Ser criada ó prostituta lo mismo da.

Pareció que Celestino aprobaba aquella verdad.

—¿Eres de aquí?

Ella hizo una señal negativa con la cabeza.

—¿Eres de lejos?

Contestó que «sí» de igual modo.

—¿De dónde?

Pareció buscar sus recuerdos y respondió:

—De Perpiñán.

Le satisfizo y alegró la respuesta.

—¡Ah!

Ella preguntó á su vez:

—Y tú ¿eres marino?

—Sí, hermosa.

—¿Vienes de lejos?

—¡Ya lo creo! Ni sé las ciudades y países que he visto.

—¿Has dado quizás la vuelta al mundo?

—Sí, más bien dos veces que una.

De nuevo pareció vacilar la chica, y luego, como después de encontrar una cosa olvidada, preguntó con acento distinto, más grave:

—¿Has encontrado muchas fragatas en tus viajes?

—¡Figúrate!

—¿Has visto por casualidad *Nuestra Señora de los Vientos*?

El replicó:

—Aun no hace una semana.

Palideció la muchacha y preguntó:

—¿De veras?

—De veras.

—¿No mientes?

Celestino levantó la mano.

—Lo juro por ésta—dijo haciendo la señal de la cruz.

—¿Sabes, pues, si Celestino Duclós está embarcado en ella?

Quedó sorprendido, inquieto, y antes de responder quiso saber de qué se trataba.

—¿Le conoces?

Ella á su vez desconfió.

—¡Oh! ¡Yo no! Es una amiga la que le conoce.

—¿Una mujer de aquí?

—No, del lado.

—¿De esta calle?

—No, de la otra.

—¿Qué mujer?

—Una mujer, una muchacha como yo.

—Y ¿qué le quiere esa mujer?

—Qué sé yo; serán paisanos.

Se miraron fijamente, espiándose, comprendiendo, adivinando que algo grave iba á suceder.

El repuso:

—¿Se puede ver esa mujer?

—¿Qué le dirías?

—Le diría... le diría... que he visto á Celestino Duclós.

—¿Está bueno?

—Como tú y como yo.

Ella calló de nuevo, como reuniendo sus ideas. Luego añadió con lentitud:

—¿Adónde iba *Nuestra Señora de los Vientos*?

—A Marsella.

No pudo la muchacha reprimir un movimiento.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—¿Conoces á Duclós?

—Le conozco.

Vaciló otra vez y dijo:

—Bien. Me alegro.

—¿Qué le quieres?

—¡Oye, le dirás... no, nada!

El la miraba cada vez más inquieto. Quiso saber la verdad.

—¿Le conoces tú?

—No.

—Entonces ¿por qué preguntas por él?

La muchacha tomó de pronto una decisión. Fué al mostrador, tomó un limón, esprimió el jugo en un vaso, acabó de llenar éste de agua fresca y dijo, ofreciéndolo al marino:

—Bebe.

—¿Para qué?

—Para serenarte del todo; luego hablaré.

Bebió dócilmente, se enjugó los labios con el dorso de la mano y luego declaró:

—Bueno, ya te escucho.

—Prométeme que no le dirás que me has visto ni quien te ha dicho lo que te diré. Júralo.

El levantó la mano con sorna.

—Lo juro.

—¿Por Dios?

—Por Dios.

—Bueno; pues le dirás que su padre ha muerto, que su madre ha muerto, que su hermano ha muerto, les tres en un mes, de tifus, en enero de 1883, hace tres años y medio.

A su vez sintió él que toda la sangre se agitaba en su cuerpo, y permaneció durante un rato tan sobrecogido, que no podía pronunciar una palabra. Luego dudó y preguntó:

—¿Estás segura?

—Segura.

—¿Quién te lo ha dicho?

Ella le puso la mano en los hombros y le miró con fijeza.

—Júrame no charlar.

—Te lo juro.

—¡Soy su hermana!

—¿Francisca?

Soltó este nombre sin querer. Ella le contempló fijamente y después, sintiendo un espanto loco, un horror profundo, murmuró:

—¡Ah! ¿Eres tú Celestino?

No se movieron, fijos los ojos en los ojos.

En torno suyo los marineros chillaban á más y mejor. El ruido de los vasos, de los puños, de los tacones llevando el compás de las canciones, se mezclaban á los gritos y risas de las mujeres.

¡Y él sentía que su hermana estaba enlazada á su cuerpo, sentía su calor! Entonces, en voz baja, por temor á que alguien le escuchase, tan bajo que ella apenas le oyó:

—¡Maldición! ¡Buena la hice!

A ella se le llenaron,en un momento los ojos de lágrimas.

—¿Es culpa mía?

El replicó:

—¿De modo que han muerto?

—Han muerto.

—¿Padre, madre y hermano?

—Sí, los tres en un mes, como te dije. Me quedé sola sin más que la ropa puesta, porque debía á la farmacia, al médico y los gastos de los entierros. Pagué con los muebles.

Entré á servir en casa de Cacheux, el cojo ¿sabes? Entonces tenía quince años. Cometí una falta con él. ¡Se es tan tonta cuando joven! Después entré como camarera en casa del notario, que también me engañó. Y me llevó á un piso en el Havre. Al cabo de poco tiempo no volvió. Pasé tres días sin comer y luego, no hallando trabajo, entré en una casa, como tantas otras. He visto también mucha tierra, ciudades asquerosas, Ruán, Evreux, Lilla, Burdeos, Perpiñán, Niza y ahora Marsella.

Las lágrimas le mojaban toda la cara, se escondían á veces en su boca.

Y añadió:

—También te creía muerto, pobre Celestino.

Este dijo:

—No te hubiese reconocido. ¡Entonces eras tan

niña! Ahora estás hecha una mujer. Pero tú ¿cómo no me has reconocido?

Ella hizo un ademán desesperado:

—Veo tantos hombres, que todos me parecen iguales.

La miraba al fondo de los ojos, sobrecogido por una emoción tan confusa y potente á un tiempo que sentía ganas de llorar como un niño á quien pegan. La tenía aún entre sus brazos, á caballo sobre sus rodillas, con las manos apoyadas en los hombros, y á fuerza de mirarla reconocía al fin á la hermanita que dejó en su país, junto con los que habían muerto, mientras él corría por los mares. Entonces, cogiendo entre sus manazas de marino aquella cabeza, se puso á besarla como se besa á una hermana. Luego, unos sollozos, sollozos de hombre, amplios como una ola, subieron á su garganta como hipos de embriaguez.

Balbuceaba:

—¡Eres tú, tú, Francisca, Paquita!...

De pronto se levantó y empezó á blasfemar con voz formidable dando un puñetazo tan tremendo en la mesa que todos los vasos se rompieron. Luego dió tres pasos, vaciló, extendió los brazos y cayó de bruces. Se revolcaba por el suelo presa de una convulsión espantosa.

Sus camaradas le miraban riendo.

—¡Buena la ha cogido!—exclamó uno.

—Hay que acostarle—aconsejó otro—si sale le llevan al cuartelillo.

Entonces, como llevaba dinero en el bolsillo, el ama ofreció una cama, y sus camaradas, borrachos también como unas cubas, le subieron por la estrecha escalera hasta el cuarto de la chica que le recibiera antes y que permaneció en una silla, al pie del lecho criminal, llorando tanto como él, hasta la mañana.